

El Policía con Miedo

Érase un día en una comisaría de policía cuando hubo un crimen y fue en la peor cueva del mundo. El jefe mandó a 5 policías, uno de ellos se llamaba Juan y tenía mucho miedo. Entonces se fueron en un coche de policía y dos motos azules muy bonitas.

En una hora y quince minutos con tres segundos llegaron a la cueva y había un cartel que decía esto:

"Cuidado con las trampas"

y tuvieron cuidado al entrar y a los 5 minutos hubo una trampa y pilló a uno y murió. Luego los cuatro policías que quedaban vieron una trampa de caederos y palos y ahí ~~murió~~ murieron dos policías más. El jefe se alegró por lo mejor que habían llegado, pero ellos no tanto el policía con miedo se salvó porque el otro poli lo había empujado para evitar que la jaula le cayera encima. Juan se hizo un poco de sangre pero estaba bien. En la última trampa ponía: "El dragón y el dinosaurio". Juan pensó: ¡Que miedo tengo, creo que me va a dar un ataque al corazón! Se armó de valor, cogió su pistola y le dio al dragón pero no murió porque

era muy fuerte. Luego se le ocurrió atacar al dinosaurio y al hacerlo el dinosaurio aplastó al dragón así que quedaban sólo el dinosaurio y él. Juan le ~~hizo~~ hizo cosquillas abajo de las patitas cortas y se murió de risa porque se cayó a un hoyo muy profundo que había en una esquina.

Juan atravesó todas las trampas y venció su miedo. El jefe le dio una medalla. El malvado que puso las trampas a la cárcel diez años y él se convirtió en general de policía y nunca más tuvo miedo y aquel villano nunca más hizo daño. Juan como general consiguió resolver muchísimos casos más y se hizo millonario y fueron felices para siempre.

Fin

- El cuadro -

Vendido.

Era lo que se leía en el periódico de la ciudad de *Holydale* el día 3 de noviembre, junto a la fotografía de la antigua y señorial mansión de la familia *Bennet*.

Las vecinas lo comentaban entre susurros, los amigos discutían acerca del misterioso comprador, y los jóvenes se agolpaban ante la gran verja de la vieja casona.

¿Quién había decidido comprar, tras casi 60 años estando en venta, la famosa mansión, temida por todos aquellos que conocían su historia?

El inmenso palacete, como ya he dicho antes, pertenecía, desde tiempos inmemoriales, a la adinerada familia de los *Bennet*. Era una mansión colosal, con grandes ventanales, un amplio jardín privado, y decoración un tanto rococó. Se podría calificar de bonita.

Pero, ninguna de las generaciones que habían vivido allí había durado más de 5 años en la vivienda. La razón era terrible: en cada una de las familias que habían habitado allí, había habido noticia de varias muertes, tan seguidas como para levantar sospechas, y rumores, sobre una posible casa encantada.

Aunque la mayoría de los ciudadanos de *Holydale* lo intentaba ocultar, todos los conocedores de la historia temían y respetaban, en silencio, la susodicha mansión.

.....

Pero, bueno, seguro que os estaréis preguntando acerca de la identidad del inesperado comprador del palacete.

El adquirente de la mansión era el distinguido señor *Amoretti*, que venía desde Venezia con su mujer y sus tres hijos: *Marco*, *Alda* y *Annetta*, buscando un lugar tranquilo y agradable para establecerse.

Y, al principio, lo encontró.

.....

Pasados unos días, la señora *Amoretti* notó una mancha oscura en el cuadro del salón, que representaba un hermoso paisaje veraniego, con un profundo valle y un atardecer en el horizonte. Se lo comunicó a su esposo, añadiendo que sería necesario limpiarlo, o cambiarlo por una pintura nueva.

Lo intentaron, pero el cuadro no se despegaba de la pared.

Mientras tanto, la mancha se iba haciendo más y más grande, e iba adquiriendo una forma un tanto peculiar, se podría decir que de persona.

Pasados 6 meses, se apreciaba, perfectamente, a una mujer vestida elegantemente de negro en la mancha del cuadro, con cara de desagrado y decepción.

Resultó ser la primera dueña de la casa, antepasada de la familia *Bennet*, que había muerto traicionada, asesinada por su familia.

Decidieron no darle más importancia al cuadro, ya que resultaba ser un problema sin posible solución aparente.

Pero, al mes siguiente sucedió algo que cambiaría la vida de la familia *Amoretti* por completo, conmocionaría a todo el pueblo y rompería la aparente tranquilidad de la antigua y misteriosa casona.

Apareció en primera página del periódico de la ciudad al día siguiente, dónde unos meses atrás se hablaba de la compra del palacete.

El hijo menor de la familia *Amoretti*, reciente adquisidora de la mansión de los *Bennet*, había aparecido muerto en extrañas circunstancias la pasada noche del día 3 de agosto, cumpliendo justamente 9 meses de su llegada a la vivienda.

.....

Aunque empezaron a correr rumores supersticiosos por la ciudad, como era de esperar, la familia decidió ignorarlos y seguir con sus vida lo mejor posible, dadas las circunstancias.

A la semana siguiente descubrieron una segunda persona al lado de la primera mancha de la pintura, que más bien parecía la silueta de un niño.

Las manchas siguieron creciendo, y pronto se pudo apreciar un cierto parecido entre el niño de la pintura y Marco, el difunto hijo de los dueños de la mansión.

Aunque este hecho inquietó a la familia no le dieron demasiada importancia, y lo consideraron una alucinación debido a la reciente muerte del niño.

Pero, cuando unas semanas después falleció la hija mediana de la familia, se empezaron a preocupar seriamente e, incluso, empezaron a tomarse en serio los rumores sobre la mansión encantada.

Así que, cuando apareció una tercera figura en el cuadro, concretamente la de una niña, el matrimonio no pudo aguantarlo más. Intentaron volver a quitar la pintura de la pared, pero de nuevo sin resultado, como era de esperar. Ya no sabían que hacer. La familia entera, e, incluso los ciudadanos en general, estaban desesperados, pues la situación no podía seguir así con cada nuevo inquilino, y no podían seguir fingiendo que era un suceso normal.

A la semana siguiente, ya estaba claro para todo el mundo que los dos niños de la misteriosa pintura eran los dos hijos menores de la familia *Amoretti*, la cuál decidió derrumbar la mansión entera y mudarse a un lugar menos inquietante y macabro. Así, esperaban terminar con la maldición que parecía atormentar a cada nuevo dueño del "palacete encantado".

Así que así lo hicieron; la casa fue derruida hasta el último cimiento, y pronto se tuvo noticia de los restantes miembros de la familia *Amoretti* iniciando una nueva y tranquila vida en una nueva vivienda en Venezia.

.....

Pocos años después, *Gordon Jones*, nuevo alcalde del tranquilo y agradable pueblecillo de *Holydale*, y nuevo residente, paseaba por las callejuelas de su ciudad, admirando la paz del ambiente.

Caminando, llegó a un descampado a las afueras de la población, en el que aún se podían ver los restos de las ruinas de alguna casa, derrumbada hace unos años.

El señor *Gordon* era una persona curiosa desde que lo recordaba, por lo que no pudo resistir la tentación de acercarse a echar un vistazo. Tras cinco minutos deambulando entre las ruinas le pareció ver la esquina de un marco, por lo que se acercó para observarlo mejor.

Sí, era una hermosa pintura que representaba un hermoso atardecer en un ameno paisaje de verano, con un valle al fondo y en primer plano una mujer, ya entrada en años, con un elegante traje negro, sonriendo complacida, como si acabase de conseguir justamente lo que quería. El alcalde lo tomó entre sus brazos y se lo llevó, imaginando ya lo bien que quedaría encima de la chimenea de su salón.

4º Concurso de Relatos Breves. Categoría C.

La última cena

Leonardo se rascó la barbilla. Hacía unas semanas se le había ocurrido una idea maestra. Una idea magnífica. Había decidido pintar un cuadro sobre la Última Cena. Pensó en cómo iba a pintar a Jesús sereno, a Pedro negando, y a Judas nervioso.

Leonardo decidió buscar personas que sirvieran de modelos para los apóstoles y Jesús. Así podría representar las personalidades de cada uno con más detalle y claridad. Asintió. Saldría a buscar a la gente cuando antes pudiera ser posible.

Leonardo buscó en la calle, en la capilla, en el mercado, en las tabernas... Miró a su alrededor. A cada persona que pasaba por su lado. Se fijaba en sus rasgos, en su forma de caminar, en cómo trataba al resto del mundo. Encontró a muchos hombres con un parecido similar al de Jesús. Pero miraban al resto del mundo con desprecio. Sus ropas eran caras, y no veían siquiera a los mendigos al pasar. También vio a muchas personas parecidas a Pedro, pero cuando los veía no sentía que de verdad estaba delante del apóstol Pedro, hermano de Andrés.

Leonardo no se rindió. Siguió buscando gente que pudiera pintar y representar como los doce apóstoles y Jesús. Mientras trataba de encontrar a sus modelos, pintó la mesa. Con sus manteles, la comida, y por supuesto el vino y el pan. Pintó las paredes con exquisito cuidado, y pinceló las sillas. Dejó los sitios vacíos. Trece personas en total.

Leonardo buscaba. Un día en el mercado, Leonardo fue a comprar algo que necesitaba para seguir pintando su obra. Nada de verdadera importancia. A su lado un hombre compraba. El hombre pagó y le dio las gracias al tendero. Leonardo se giró, asombrado por la voz. Habría jurado que esa voz provenía de los ángeles. Miró al hombre mientras se alejaba. El hombre tenía un extraño caminar. Sus ropas no eran caras, pero se veía que estaban bien cuidadas. Su túnica blanca brillaba. El pelo marrón le llegaba a los hombros. Leonardo lo siguió mirando. Sin importar que no hubiese comprado lo que venía a buscar, empezó a perseguir al hombre. Vio cómo se metía en la Catedral de Milán. Leonardo también entró, vigilando al hombre. Lo vio sentarse y rezar. Juntar sus manos y orar. En ese momento el individuo cerró los ojos. Leonardo aprovechó para mirar desde un punto donde podía ver su cara. Leonardo no se lo creía. El hombre tenía unos rasgos suaves, de buena persona. Ese hombre era perfecto para ser Jesús. El hombre abrió sus ojos. En cuanto Leonardo vio sus ojos la poca duda que le quedaba, se fue. Eran amables, bondadosos. Los que el mismo Jesús debía tener.

El hombre salió de la catedral. A medio camino Leonardo salió a su encuentro. Lo saludó. Le explicó su proyecto y le preguntó si podía ayudarle. El hombre asentía, procesando la información. Al finalizar la explicación, el hombre asintió por última vez, y Leonardo y él se dirigieron a su taller.

Leonardo lo sentó en una silla y le hizo ponerse en una posición concreta. El hombre se estuvo quieto, y el pincel de Leonardo empezó a trazar sus rasgos. Poco a poco.

Se necesitaron semanas, y el hombre venía todos los días. Pero después de un tiempo, el primer integrante, Jesús, estuvo pintado en su cuadro.

Leonardo agradeció la ayuda al hombre. Su idea se iba formando. Ya solo quedaban doce personas más. Leonardo no perdió la esperanza.

Primero encontró a Mateo. Lo pintó. Un tiempo después apareció Bartolomé. Y Santiago, hijo de Zebedeo. Y a él le siguieron Pedro, Andrés, Juan, Felipe, Tomás, Tadeo, Simón y Santiago, hijo de Alfeo.

Ya casi lo había conseguido. Solo quedaba una persona. Después de diez años de duro trabajo, solo quedaba una persona. Judas, el traidor.

Leonardo se imaginaba a Judas con mirada arrogante, de criminal. Unos ojos ambiciosos y unos labios finos y apretados. Y una cara delgada y cruel. Se preguntó dónde podría encontrar una persona con esos rasgos tan específicos como aquellos. Leonardo pensó que a lo mejor se lo encontraría por la calle, caminando, como se había encontrado al resto. Lo buscó: en las tabernas, en el mercado, en la capilla, en la calle... Nadie le parecía lo suficientemente maligno como para ser igual a Judas. Pensó que a lo mejor no estaba buscando en el mejor sitio. ¿Dónde se podía encontrar a la gente que se pareciera a Judas? ¿Dónde estaban los traidores, los criminales, los ladrones?

Se levantó por la mañana y se dirigió a la cárcel. Miró a todos los que estaban allí. Algunos eran demasiado altos, otros demasiado bajos, otros simplemente no tenían ese brillo turbio en los ojos que él buscaba. Siguió observando a todos, uno por uno. En un momento uno de ellos le llamó la atención. Tenía el pelo corto y marrón, tal y como Judas lo tenía. Una barba de varios días. Sus rasgos eran duros y no sonreía. Leonardo se dio cuenta que ese era el hombre que buscaba. Ese hombre era con el que finalizaría su obra maestra. Habló con él, este asentía. Todavía con ese brillo. Leonardo se pasó por la cárcel para pintarle casi todos los días.

Después de muchas horas trabajando Leonardo terminó la obra. Acabó pintando a Judas y con eso finalizó la obra. Le enseñó el cuadro a su último modelo.

—¿Qué te parece? —le preguntó.

“Judas” lo miró interesado.

—Es una verdadera obra de arte —dijo tras un rato de observar el cuadro—. Es increíble el perfeccionismo de todo.

—Diez años —contestó— pero ha valido la pena.

El hombre se acarició la barbilla.

—Realmente no me hubiese imaginado que quedaría tan bien —murmuró.

—¿Cómo? —preguntó Leonardo extrañado.

“Judas” sonrió.

—No te acuerdas de mí ¿verdad? —dijo el hombre.

Leonardo lo contempló sin entender. El hombre sonrió con amargura.

Dijo:

—Yo soy el hombre que hace diez años pintaste como Jesús.

ESPÉRAME EN EL CIELO

Clarisa disponía exactamente de tres semanas para dejar todo arreglado antes de morir. Y no la iba a dar tiempo, como si lo viera. Los nervios la tenían atenazada y no atinaba a hacer nada a derechas. La culpa la tenía Nicanor, quién si no, que se había muerto sin previo aviso. Mira que se lo tenía dicho: Nicanor, que lo que no pasa en cien años pasa en un día. Y en efecto. El hombre seguía empeñado en encargarse él solo de los animales y, fuese por el esfuerzo fuese por un golpe de calor, cuando Clarisa le buscó en las cuadras para que almorzara con ella, el hombre estaba más tieso que la mojama. Y a la mierda todos los planes. Nicanor también debió pensarlo antes de dar el último suspiro, porque tenía una expresión de súplica, más bien de arrepentimiento en la cara, con el ceño fruncido y la parte exterior de los ojos hacia abajo, para dar pena. "Tranquilo, Nicanor, tengo toda la eternidad para cantarte las cuarenta", le susurró mientras le cerraba los ojos y le mecía como a un niño.

Clarisa permaneció abrazada a su marido hasta que la cuadra se llenó de sombras. Cuando ya había desparramado sobre el cadáver todas las lágrimas y acariciado hasta el último poro de su piel, Clarisa se levantó como pudo, desperezó sus doloridos huesos, dio de comer a los animales, que habían permanecido muy callados, seguramente de duelo por el finado, y que masticaban sin ganas, y se dirigió en busca de Jenaro y Trini, los vecinos más cercanos. A partir de ese momento, Clarisa había vivido de puntillas, llevada siempre por alguien, ora por el médico ora por el párroco; que tómame este calmante, que te va a venir la pena de golpe y todavía queda mucho por delante; que te he hecho esta tisana de mejorana y té de roca para aplacarte los nervios, que se te agarran en el estómago y luego el nudo ni sube ni baja; recuerdo la última vez que hablé con él, ayer mismito por la mañana cuando volvía de echar una carta; ay, Clarisa, qué sola te quedas. Y era verdad. Era la gran verdad. Por eso ella y su Nicanor, que habían tenido en cincuenta años de matrimonio tiempo de sobra para poner su vida patas arriba en muchas ocasiones, habían decidido abandonar juntos este mundo. Fue volviendo de enterrar a Manolo, el antiguo boticario. Ambos se estremecieron al ver la desolación en los ojos de la viuda; esa desesperación del que no sabe si será capaz de dar un paso más. Nicanor y Clarisa no habían dejado de ser una pareja dicharachera, picarona, con voluntad para esquivar las discusiones y predispuestos siempre a la risa. Pero esa noche, durante la cena, sintieron la necesidad de hablar a calzón quitado, echando a patadas de la conversación el cenizo que supone mentar a la muerte.

-Yo no podría pasar una noche sin calentarte los pies en la cama -dijo a media voz Nicanor.

-Nadie se muere de amor, viejo. Y menos a nuestra edad. Eso son cosas de los primeros amores -contestó la mujer, evitando mirarle a los ojos para no ver que sus lágrimas estaban a punto de caer. Tras unos segundos asintió-. Pero si pasara una sola noche sin que me calentaras los pies, moriría congelada.

Y así quedó resuelto que, antes de que cualquier enfermedad les comiera por dentro o, peor aún, que la chochez se instalara en la cabeza de alguno de ellos, se tomarían un buen puñado de pastillas y abandonarían este mundo juntos. Por poner una fecha se decidieron por el Día de Todos los

Santos, porque a pesar de no ser muy beatos, sí tenían un respeto por el Altísimo y mejor intentar entrar en el reino de los justos en un día de fiesta colectiva, se reía Nicanor cuando lo comentaban. Y para ese día tan sólo faltaban tres semanas.

Clarisa agradecía de todo corazón el amparo de los vecinos. Se mantenía sentada frente al ataúd con los ojos cerrados porque no le hacía falta mirar a su alrededor para sentir que todos habían acudido a las llamadas de las campanas. Así había ocurrido siempre, porque en los entierros, se decía en el pueblo, hay que evidenciar en primera persona tanto que sientes la pérdida de uno de los tuyos como que te alegras de haberte librado una vez más. Qué faena más grande, Nicanor, pensaba Clarisa, y trataba de ordenar sus ideas para agarrarse a los planes trazados con tanto mimo, aunque en esos momentos, se hubiera quedado en blanco.

Tras el entierro y en la soledad de su casa, Clarisa encontró de nuevo el norte y lo primero que hizo fue apuntar en un papel lo que tenía que realizar en los próximos días: ropa, animales, despensa y papeles. El amanecer la sorprendió terminando de guardar en bolsas las ropas de Nicanor, que iba apilando en el recibidor. Más le hubiera valido recostarse unas horas, siquiera en el sofá, y descansar la espalda; pero la tarea que tenía por delante le daba unos bríos que quería aprovechar. Qué cantidad de camisas, Nica, por Dios, ¿cuánto hace que no te organizo el armario? Ya verás lo poco que tardo yo en guardar mis cosas. Y seguía apilando bolsas, mientras aspiraba el olor de su marido; y quitaba uno de sus pelos de aquí, recogía su pañuelo de allá, y le buscaba por cada rincón de la casa. Si Nicanor se le hubiera aparecido en medio del salón, de seguro que no se hubiera sobresaltado.

A Clarisa la tarea de apilar la ropa le llevó más de la cuenta. Tal y como tenían planificado, iban a repartirla entre varios vecinos y ella quería que todo estuviera presentable, así que se puso a lavar, repasar botones, airear los trajes, zurcir varios pares de calcetines y tirar a la basura aquellas prendas demasiado usadas. Así se pasó varios días entretenida, sin ser molestada, porque en el pueblo los primeros días tras un entierro son días de acomodarse al dolor de la pérdida y para eso no hay compañía que valga. Al cuarto día Clarisa atravesó por fin el umbral de su casa en dirección a la de Tomás, en primer lugar. Tomás era viudo desde hacía más de veinte años y eso era mucho tiempo para que un hombre viviera solo sin que perdiera la cabeza, decían las comadres. El hombre se sorprendió de encontrar a Clarisa llamando a su puerta y ella aprovechó para espetarle de golpe: Tomás, tienes las mismas hechuras que mi marido y él hubiese querido que te quedaras con esta ropa, por si le das uso. Si no te gusta, puedes tirarla. Aquí te la dejo. Y con las mismas se dio la vuelta y corrió más que anduvo. Antes de doblar la esquina no pudo evitar volver la cabeza para comprobar complacida que las bolsas ya no estaban en la puerta. Ya lo sabía: nadie iba a despreciar un regalo, y menos viniendo de parte de un muerto.

El paseo despejó la cabeza de Clarisa y decidió seguir andando y volver a casa por el camino más largo, por la zona del arroyo. Qué bonito estaba siempre, daban ganas de coger un par de flores para adornar la cocina y mientras lo pensaba, las corto; y al llegar a casa las colocó en agua. Por la ventana entraba una luz perfecta para leer. Clarisa puso el puchero de café, recolocó su rebeca y se dispuso a seguir con Galdós, primero leyendo en un susurro, luego más alto, como si Nicanor estuviera trasteando por la cocina.